

les diré que á otro dia, al presentarme en la casa de Maning y Mackintosh con lienzo, factura y tarjeta, ni quisieron los dependientes recibir la caja, ni ellos ni el principal, persona respetable y bondadosa, recordaron haber conocido ni siquiera oído nombrar á Sir James W. Cook; que habiendo ocurrido, con el auxilio del conserje de la Academia de Bellas Artes, á la casa de Martínez, el antiguo catedrático de pintura, resultó que éste no era el admirador platónico de mi cuadro, y que mi susodicho cuadro fué calificado por el verdadero Martínez, de verdadero mamarracho que no valía un comino; que en la calle de Curtidores no había número 24 ni quien diera razon de la viuda; que como escribí al cura de Atlixco pidiéndole noticias de su prima, me contestó que, á Dios gracias, no tenía ya pariente alguno, pues los que tuvo solo le dieron asaltos y disgustos; por último, que, no pudiendo devolver los ciento cincuenta pesos que me prestaron, mi esposa perdió su casita, y sus justísimos reproches se mezclaron por mucho tiempo con las risas de los almonederos vecinos. Calificáronme éstos de infeliz, no solo concebido en pecado como la totalidad de los hombres, sino concebido tambien en necedad,

lo que, de tejas abajo, es acaso todavía más grave y trascendental, y en lo cual tuve que convenir á despecho mio.

V

El Hombre del Caballo Rucio.

A esta sazón despertaba el militar con visibles señales de espanto; y con decir que despertó, se dijo que tomó la palabra para no dejarla hasta que amaneciera.

—¡Maldito dormir, que de nada me ha servido sino de sudar frio y sentir más molidos los huesos! ¡Y malditos sueño é imaginacion mia, que me convirtieron en actor en un lance que no baja de treinta años que oí referir en una de mis expediciones, y de que no me había vuelto á acordar! El tinglado bajo el cual dormía yo, ó, más bien dicho, soñaba que dormía, se columpiaba como á impulsos de un terremoto con las mecidas del hombre aquel. Y luego, sus ojos, aquellos ojos de mirada satánica, fija en mí y que me penetraba hasta la medula de los huesos!

Pero, como Ustedes creerán, piadosamente juz-

gando, que he perdido el juicio, voy á referirles del modo más conciso posible la tradicion que á mí me contaron allá por el año de 1816; una vulgaridad que ni yo ni Ustedes podemos creer; pero en que creen á pié juntillas las gentes de las rancherías en la zona que se extiende en todo el declive de la Mesa Central hácia la costa de Veracruz.

Supongo que alguno de Ustedes ha bajado, siquiera una vez, de Puebla ó de Perote al puerto que acabo de nombrar, tomando la carretera que pasa por las Vigas, la Hoya, San Miguel del Soldado y Jalapa; y que al salir de la Hoya y al descender por la terrible pendiente que conduce al penúltimo de los citados puntos, ha vuelto los ojos á su izquierda y contemplado uno de los más hermosos panoramas que yo he visto en mi vida. Dejando atrás, ó sea al Norte, un anfiteatro de cerros y montañas, y mesas tajadas á pico, en cuyas planicies brillan á lo léjos con los rayos del sol los pueblos de Naolinco, Tonayan, Pastepec y otros muchos, y de uno de cuyos verdinegros cantiles surge, á semejanza de una asa de cristal de roca, la catarata de Naolinco; se extiende un valle inmenso esmaltado de arboledas, milpas, zarzas, musgo, caña de azú-

car y lava volcánica, medio fundiéndose en la luz atmosférica los tonos más variados del verde, del rojo, del negro y del amarillo que predominan en el paisaje. Aquél inmenso valle se abre desde las vertientes orientales del Cofre de Perote hasta el Atlántico, que, como una cinta azul celeste muy bajo, forma en los dias claros y serenos la última lontananza del cuadro. Por allí descendió en alguna de las erupciones volcánicas, de que no había ya ni noticia en tiempo de la conquista española, una de las grandes corrientes de lava, yendo hasta el mar, calcinando vegetación, terrenos y peñascos en una latitud de leguas, y haciendo desaparecer rios que recorren larguísimas distancias bajo su manto petrificado, para salir de nuevo al aire y á la luz del sol. Solo desde las cumbres de Aculzingo se domina, sin subir á las grandes alturas de la Mesa Central, un espacio mayor y más pintoresco; y para que nada falte á la magnificencia del paisaje á que me contraigo, las brisas suelen traer por aquella abra inmensa, al oído del viajero, los sordos bramidos del volcan de Tuxtla, á que responden, á guisa de eco, los truenos apenas perceptibles del cerro de la Magdalena, hácia el Norte; miéntras á la derecha remontan

la voz del Océano los negros y gigantescos pinos de la falda del Cofre, contrastando con el ópalo de su cumbre, vestida de nieve casi siempre.

Ahora bien; penetrando por aquel magnífico valle hácia la costa, hubo á principios ó mediados del siglo pasado una propiedad territorial considerable cuyo centro era Rancho Nuevo, y que, extendiéndose entre Actopam y la Pastoría, cerca de la Mesa del Rodeo, y atravesando parte de los terrenos bajos de Naolinco, llegaba hasta el Alto de Tiza, entre San Antonio del Monte y el rancho de Zontzocomotla. Dueño era de tal extension territorial, poblada de numerosísimos ganados lanar, vacuno y caballar, un hidalgo que, ó no me dijeron ó no recuerdo si era español, ó criollo educado en España, y de allá venido con ciertas ínfulas de gran señor, y con no pocas ideas de las que hoy llaman avanzadas y que él ponía en práctica, no sin disgusto y hasta escándalo de los rancheros comarcanos. Así, por ejemplo, cierta capilla existente en alguna de sus posesiones, permanecía cerrada, no obstante contar con los paramentos necesarios, sin que los capellanes de otras haciendas del rumbo fuesen jamás llamados á celebrar misa en ella. Los pobres de la comarca, si se aventuraban á pedirle limosna,

solo recogian sermones más ó ménos ásperos contra la holgazanería y la mendicidad. No había memoria de que hubiese entregado sus diezmos completos, y sin lanzar alguna pulla contra obispos y curas; y parecía complacerse en hacer llevar sus reses al herradero los domingos y demás dias de fiesta, lo cual quemaba la sangre á sus mayordomos y pastores, envidiosos del descanso á que la demás gente del campo se entregaba en tales dias.

Tampoco supe ó recuerdo el nombre del hidalgo, persona como de 48 años de edad; alta, fornida, de gesto agrio y enormes patillas negras, y que llevaba, á la usanza del tiempo, recogido el largo cabello en una coleta cuidadosamente liada con liston verde, que se le mantenía tiesa á manera de culebra semi-levantada del suelo, ó le azotaba la espalda al recio galopar de su caballo favorito. Era éste rucio, segun decían los rancheros, de anchos encuentros y de una ligereza tal, que en vano habían querido competir con él en la carrera los más aventajados potros de la tierra y aún de los venidos del interior. Nuestro hombre no montaba sino el rucio, á pesar de tener muy bien provistas sus caballerizas; y los mejores campiranos, al verle con sus calzoneras de

pañó azul y botonadura de plata, y su ancho sombrero de palma con gruesa toquilla, y mascando un enorme veguero de que recogía y despedía el humo en densas bocanadas; al verle, digo, galopando ó yendo al paso en su rucio, exclamaban en tono de la más sincera admiracion: "No se puede negar que este hombre nació á caballo." Tal admiracion neutralizaba hasta cierto punto las antipatías que le creaban su riqueza, su lujo, su brusquedad y sus irreligiosos procederés; si bien no era bastante á hacer olvidar á sus arrendatarios de tierras lo que respecto del hidalgo dijo una vez el cura de Actópam, al enjugar las lágrimas á una viuda que con ocho hijos de tierna edad acababa de ser lanzada de la miserable choza en que había nacido, por no poder pagar unas rentas vencidas: "Ese hombre no puede tener buen fin."

Y sucedió que, con todo y haberse reido del pronóstico del cura, nuestro hidalgo, cierto domingo en que sus vaqueros llevaban á herrar nuevas reses y él á cierta distancia los vigilaba, al atravesar unos terrenos planos de Zontzocomotla, aflojó las riendas y apretó las espuelas al rucio, dando en él una de aquellas carreras de relámpago en que nadie logró jamás sa-

carle ventaja. Muy plano era, como dije, el terreno, sin árboles ni arbustos, y solo entapizado de un zacaton de terciá ó poco más de altura, que ignoro cómo pudo encubrir á los ojos de cabalgador y cabalgado un peñasco liso, azuloso y casi cuadrado que hasta la fecha debe de existir allí, ó que, al ménos, me enseñaron en una de mis expediciones. Lo cierto es que el caballo tropezó con el tal peñasco en lo más recio de su carrera, lanzando por encima de su cabeza al jinete, dejándole sembrado en el suelo, y huyendo en direccion trasversal, azotado de los estribos, sin que en mucho tiempo reapareciera. Vieron los vaqueros caer al amo, lo cual les causó no poca sorpresa, aumentada hasta la estupefaccion cuando, acercándose á examinarle, halláronle desnucado y muerto. No hubo en toda la comarca quien no pensara y dijera, que fin tan desastrado era castigo del cielo por el afectado quebrantamiento de la guarda de los dias festivos; y, tras pasos, diligencias y trabajos para que enterraran al muerto en sagrado, y tras recoger su herencia unos sobrinos que tomaron posesion de sus haciendas, nadie se acordó ya de la filosofía ni de la persona del propietario.

Mas, pasado algun tiempo, sucedieron al ol-

vido las preocupaciones y los temores, y al silencio la charla, no de las comadres, sino de los campesinos más honrados y formales de aquel rumbo. Los vaqueros que conducían ganado á los potreros de Rancho Nuevo, protestaban, haciendo la señal de la cruz, que un hombre de ancho sombrero de palma con enorme toquilla de plata, vestido de calzoneras azules, con botanadura también de plata, y retorcida y tiesa por detrás la coleta; que el muerto, para no cansar á Ustedes, el muerto en persona, montado en el rucio de marras, les había salido de entre unos árboles llamados xícaros (tan corpulentos como los robles y parecidos á estos en el tronco), espantándoles con tremendas carreras y estupendos y ronquísimos gritos el ganado, que se desperdigó por el monte como si hubiera visto al diablo. Agregaban que, habiendo congregado con muchísimo trabajo las reses dispersas, volvió á salirles el muerto con los mismos gritos y carreras, en un punto llamado "La Raya," causando el propio terror á los animales y azorando un poco más á los conductores.

Por de pronto el azoramiento de los vaqueros solo se comunicó á las viejas y á los niños, participando de él los sobrinos del muerto, por

aquello de que, si no lo estaba el tío, podía fallar la herencia. No pararon los tales sobrinos hasta escarbar el hoyo en que fué sepultado el ranche-ro y cerciorarse de que los gusanos le llevaban comida una buena parte, con lo cual les volvió el calor al cuerpo, y siguieron oyendo hablar del aparecido como quien oye llover y no se moja. A todo esto, los muchachos más guapos y de mejores caballos de las rancherías inmediatas, habían correteado al del rucio, queriendo inútilmente alcanzarle, y desesperándose al ver su destreza y la diabólica agilidad de su animal. Los ganados eran ya diariamente dispersados por la aparición y los gritos del "amo;" las reses se desbarrancaban, y los vaqueros ajustaban sus cuentas y se despedían.

No podía esto durar así, y el mayordomo ó administrador de Rancho Nuevo, mallorquino que frisaba en los cuarenta, hombre de alma ⁴⁰atravesada y tan buen jinete como el difunto, ofreció traer á éste de la coleta ó quitarse el nombre, si para su expedición le daban el famoso caballo "Enaguas blancas," casi de tanta ley como el rucio. En pláticas sobre tal tema hallábanse sobrinos y mayordomo, cuando un amigo de los primeros, propietario de otro rancho cer-

ca de Actópam, y jóven de reconocido y temerario valor, vino á terciar en el asunto, pidiendo como un favor que se le dejara á él mismo obrar libremente. Sabía que el muerto iba algunas noches á mecerse suspenso del portalillo ó tinglado de una casita, á un cuarto de legua de Actópam; de consiguiente, para cogerle no habia necesidad de fatigar á un cuadrúpedo de la categoría de "Enaguas blancas;" y él se comprometía á echar garra al "amo" en el expresado portalillo, exigiendo únicamente que no le espantaran la presa. Los sobrinos, no sin disgusto del mallorquino, convinieron en que la aventura fuese llevada á cabo por Don Encarnacion, que así se llamaba el jóven rancharo.

Cuando éste llegó á la consabida casita, forrado el estómago con una gran copa de refino, y recién amolado el machete, pardeaba ya la tarde de un hermoso día de Junio, y la luna aparecía en Oriente prometiéndole noche clara y serena. Los habitantes de la casita la abandonaban con todo y trastos desde que anochecía, para no ver ni oír al huésped, quien, por lo demás, prudente y medido como rara vez lo son los huéspedes, nunca pasaba del corredor, permaneciendo en él poco tiempo. De una viga madre que

allí habia atravesada, colgábase el "amo," dándose dos ó tres columpiadas, á cuyo impulso se estremecía la casa; y en seguida montaba á caballo y se iba con la música á otra parte. El tinglado y la casita toda eran de otates.

Don Encarnacion tuvo á mengua admitir compañía, diciendo, y, lo que es más, creyendo que él se bastaba para tan poco. Llegado á la casucha, ató su caballo en el exterior, á espaldas de ella; reconoció el filo de su machete rebanándose la callosidad de una de sus manos; cantó, silbó, tosió, escuchó; contempló la luna que brillaba en árboles y arroyos, y acabó por aburrirse cuando aún no era la media noche. Midió con la vista el corredor en que acostumbraba pasearse el hombre de marras; formóse en una de las extremidades, con cuilotes secos, una especie de cama en que se acostó, sirviéndole de almohada el sombrero, y dejando á un lado el machete, sin vaina, para que estuviese más listo; y aún se hallaba á punto de dormirse, cuando una brisa fría, la altura de ciertas estrellas y el canto del gallo, le hicieron calcular que serían las dos de la mañana, hora en que acostumbraba llegar el del rucio á la casita.

Oyó á poco, efectivamente, el galope del ca-

ballo y un grito que, sin duda por lo ronco y destemplado, le heló la sangre en las venas, mándole casi todo el ánimo que sin esfuerzo había atesorado. Ojos se volvió, sin embargo, para ver desmontar al "amo," quien, atando al rucio del cabestro —no sin que la bestia de Don Encarnacion rompiera el suyo y echara á huir por el campo,—penetró bajo el tinglado en el corredor, dándose en él dos ó tres paseadas, sin que pareciese notar la presencia del jóven.

—Luego que se vaya á mecer —dijo éste para sí— le meto el machete.

Como si hubiese querido el hidalgo facilitarle la ejecucion de su idea, colgóse de la viga del tinglado y se dió un par de mecidas, haciendo crujir todo el techo cual si reinara un terremoto. Un rayo de luna le daba en la coleta, más liada y tiesa que nunca. El jóven empuñó el machete y se quiso levantar de la cama; pero no pudo.

—Cuando torne á pasearse y llegue cerca de mí (pensó en su interior), le envaso.

El hidalgo soltó la viga y volvió á pasearse. Sonaban sus enormes espuelas de rodaja en el piso de tierra y piedra del corredor. Al acercarse al jóven, sentóse éste en la cama; pero dióle

en las narices un tufo como de sepulcro acabado de abrir, y que le causó cierto mareo y descoyuntamiento inexplicable. Avergonzado de sí mismo, se propuso formalmente acometer al hidalgo á la segunda vuelta; pero á la luz de la luna vió que sus mejillas estaban muy hundidas, y hasta habría podido jurar que tenían tierra. Entretenido con estas observaciones, ni se levantó, ni hizo uso de sus manos; omision gravísima y trascendental, pues desde la siguiente vuelta, el hidalgo clavó en él una mirada verdaderamente satánica, que le hizo sudar frio y cernerse en la cama de cuilotes, como si le fuera á entrar calentura. Tornó á verle el hidalgo cuantas veces se le aproximó en sus paseos, y, cansado el jóven de batallar con su propio miedo, entregóse á éste sin reserva, no pudiendo hacer la señal de la cruz por tener engarabata-dos los dedos, ni rezar en voz alta la letanía por habérsele secado las fauces.

Esto duró así hasta las primeras luces del alba, pues al verlas, el hidalgo dióse una nueva mecida que hizo crujir nuevamente la casa y juntar casi el techo con el piso; lanzó un segundo grito, montó, galopó y desapareció. Hasta entónces volvieron á cantar los gallos.

A eso de mediodía, el jóven, enfermo de fiebre, fué llevado de la casita á su rancho, en un tapextle, y el campo quedó libre al mallorquino, quien se lamía los labios al figurarse que ya asía de la coleta al hidalgo. "Enaguas blancas" fué cuidadosamente bañado, cepillado y herrado de nuevo, acostumbrándosele, además, á bullos, sombras, gritos destemplados y cuanto pudiera espantarle.

El día designado para la nueva aventura, desde muy temprano, cuatro rancheros de los más osados, con quienes se había puesto de acuerdo el mayordomo, ocuparon las dos gargantas por donde únicamente se podía salir del valle, de cerca de una legua de extension, en que acostumbraba aparecer el hidalgo. Tomadas las demás medidas de precaucion que eran del caso, á eso de las nueve de la mañana despachóse una punta de ganado con sus respectivos vaqueros, yendo á la cola el mallorquino montado en el famoso "Enaguas blancas," desnudo y pendiente de la muñeca por medio de una fuerte correa, el corvo, afilado y reluciente sable, y terciada en el diestro brazo una escopeta vizcaina cargada con bala de catorce adarmes, amén de las postas.

Poco habían andado del valle, cuando, de entre los consabidos xícaros, con el acostumbrado ardimiento salió el hombre del caballo rucio, echando éste sobre el ganado, que á su ademán y á sus gritos. instantáneamente dispersóse en todas direcciones, siguiendo su ejemplo los vaqueros con más miedo que vergüenza.

Ver al hidalgo á unas cuantas varas, espolear á "Enaguas blancas" el mallorquino, y echársele encima, fué todo uno, asestándole á la cabeza un tajo tal, que, á alcanzársela el sable, se la hendiera como si fuese de mantequilla. Pero barrióse el hidalgo con todo y rucio, y, á guisa de quien trata de evitar pendencia, cruzó como exhalacion por el llano, sin volver siquiera el rostro á su contrario. Cuando apénas habría avanzado quince varas, paró éste el caballo, púsose al carrillo la escopeta, é hizo fuego. Tenía ojo y pulso muy certeros el mallorquino, y fama de partir las balas en el filo de un cuchillo: seguro quedó, además, de haber embutido al hidalgo la bala con su acompañamiento de postas entre los dos hombres, pues hasta le vió humear la chaqueta; no obstante lo cual, ni vaciló el perseguido, ni interrumpió un punto su carrera.

Prosiguió la suya el mayordomo, poniéndose

mal de espanto
interjección

casi á la línea de aquél, y tratando de asir de las riendas al rucio; pero hubo de ver tan fea cara al hidalgo, que desaprovechó la ocasión sin quererlo.

Llegados á una de las gargantas del valle, los dos rancheros en ella apostados á caballo, trataron de cerrar el paso al del rucio; pero, á sus gritos, se espantaron las cabalgaduras de aquellos, y, tascando el freno, se los llevaron á gran distancia de allí.

Solamente "Enaguas blancas" y su jinete parecían curados del mal de espanto. Sin cejar un punto en la carrera, seguían incansables al hidalgo, quien les sacaba solamente uno ó dos cuerpos de ventaja. Oía el mallorquino la fatigosa respiración del rucio, y, por otra parte, aquella escena debía tener próximo desenlace. El llano terminaba al frente, en la falda de una montaña basada en estupendas masas de pedernal, y espesísimos bosques se extendían á derecha é izquierda. Rasgó el mallorquino de una espolada los ijares á "Enaguas blancas," y, dando éste una salida más fuerte, asió aquél de la coleta al del rucio, lanzando una interjección, hija de varios padres, pues debieron engendrarla á un tiempo mismo el júbilo, el miedo, la sorpresa y áun el terror.

Cualquiera de Ustedes daría por cogido al hidalgo, sin figurarse que la presa del mallorquino se redujo á la coleta, que se le quedó en la mano, desapareciéndose hidalgo y rucio entre los peñascos de la falda de la montaña, como si fueran sombras, ó como si se los hubiera tragado la tierra.

Con un palmo de narices, y dando al diablo la fiesta, quedó el hijo de las Baleares, en la actitud y circunstancias de aquel personaje de una comedia antigua, que exclama ante su soberano:

"Hé aquí, señor, el turbante
Del moro que cautivé;"

y que, al preguntarle el rey por el moro, agrega:

"...;El moro se fue!"

Y, como llegaron en esto los rancheros, ya repuestos del susto, y el mallorquino, refiriéndoles lo acaecido, tratara de enseñarles la coleta, sintió que le quemaba los dedos, y la arrojó al suelo. ¿Ven Ustedes cómo se consume el tiro de este cigarro habano? Pues así, y apestando á azufre, se carbonizó la consabida coleta, sin perder su forma, y sin que en el lugar en que ardió volviera á nacer yerba.

Los rancheros se santiguaron admirados, y la

comarca toda quedó más amedrentada que nunca; lo cual no impidió, sin embargo, —vean Ustedes lo que es el carácter nacional— que, algún tiempo despues, nadie conociera al mallorquino sino por el apodo de “El hombre del turbante.”

VI

A dos dedos del abismo.

Sin aguardar señales de aprobacion ó desaprobacion de parte de su auditorio, y apénas tomándose el tiempo necesario para escupir, prosiguió así el capitan:

—Horribles como son algunas de las peripecias de este cuento, han de saber Ustedes que no hizo mayor impresion en el ánimo de una persona que ha figurado en México en altos puestos públicos, dotada de talento, instruccion y sensibilidad; persona que llamaba la atencion por la irascibilidad de su carácter, por el fuego de su imaginacion, por la viveza con que gesticulaba al hablar, y tambien —preciso es que lo agregue— por cierta nobleza en sus ideas y acciones, de que se hallaban en los primeros

tiempos de nuestra independenciam no pocos tipos, que van ya desapareciendo casi por completo, y que á la vuelta de quince ó veinte años tendrían que sentar plaza de necios y que morirse de hambre.

El Marqués del Veneno —llámole por su nombre de batalla, que le había sido puesto por sus amigos á causa de la vanidad que fundaba en su prosapia, y de la facilidad con que se encolerizaba;— el Marqués del Veneno, digo, era hijo de un abogado de la Real Audiencia, y había presenciado las últimas pompas y los primeros sinsabores formales del vireinato, pues justamente, aunque imberbe todavía, tomaba chocolate con Iturrigaray, hablándole de las reformas introducidas en los obradores de paño de Querétaro, cuando los comerciantes españoles, recelosos de la conducta de su paisano y gobernante, entraron á amarrarle con toda la urbanidad posible en tal lance. Educado nuestro jóven en las oficinas de aquella época, nadie le igualaba en el corte de la casaca azul ó verde con botones dorados, ni en la elegancia con que su lavandera almidonaba los puños y pechera de su camisa de batista. Limpia, y aunque fuese de jaman, la habría querido en sus últimos años, en que le vi con-